



# AQUÍ HAY UN NIÑO QUE TIENE CINCO PANES DE CEBADA Y DOS PESCADOS

Domingo XVII del Tiempo Ordinario

“Jesús habla de compartir. Un muchacho da el ejemplo y pone en común lo suyo: cinco panes de cebada y dos pescados. Jesús valora el gesto, aún sea humilde y escaso, y pide a todos poner en común lo poco que tienen. Por su parte, Jesús reza al Padre para que no le falte el pan a sus hijos y bendice los alimentos. Se da entonces la que se llama ‘multiplicación’ de los panes, obra de Dios y de la gente. El resultado es impresionante, como el vino nuevo en Caná o la pesca milagrosa en el lago. Dios es sumamente generoso cuando sus hijos comparten”.

(Tiempo de Misericordia. El corazón de los Evangelios, Primo Corbelli, Editorial Claretiana, 2016).



## LA PALABRA

2Re 4, 42-44 | Sal 144, 10-11.15-16.17-18 | Ef 4, 1-6

**Jn 6, 1-15**

Jesús atravesó el mar de Galilea, llamado Tiberíades. Lo seguía una gran multitud, al ver los signos que hacía curando a los enfermos. Jesús subió a la montaña y se sentó allí con sus discípulos. Se acercaba la Pascua, la fiesta de los judíos. Al levantar los ojos, Jesús vio que una gran multitud acudía a él y dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos pan para darles de comer? Él decía esto para ponerlo a prueba, porque sabía bien lo que iba a hacer. Felipe le respondió: Doscientos denarios no bastarían para que cada uno pudiera comer un pedazo de pan. Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dijo: Aquí hay un niño que tiene cinco panes de cebada y dos pescados, pero ¿qué es esto para tanta gente? Jesús le respondió: Háganlos sentar. Había mucho pasto en ese lugar. Todos se sentaron y eran unos cinco mil hombres. Jesús tomó los panes, dio gracias y los distribuyó a los que estaban sentados. Lo mismo hizo con

los pescados, dándoles todo lo que quisieron. Cuando todos quedaron satisfechos, Jesús dijo a sus discípulos: Recojan los pedazos que sobran, para que no se pierda nada. Los recogieron y llenaron doce canastas con los pedazos que sobraron de los cinco panes de cebada. Al ver el signo que Jesús acababa de hacer, la gente decía: Éste es, verdaderamente, el Profeta que debe venir al mundo. Jesús, sabiendo que querían apoderarse de él para hacerlo rey, se retiró otra vez solo a la montaña.



---

*“Cuenta el libro de los Hechos de los Apóstoles que en una oportunidad Felipe, uno de los siete diáconos a los que los apóstoles les habían impuesto las manos (Hch 6, 5-6), encontró por el camino de Gaza a un etíope que sentado en su carro leía el profeta Isaías. Se le acercó y le preguntó: ¿Comprendes lo que estás leyendo? A la negativa del etíope, Felipe le fue explicando el sentido de esas palabras” (“Introducción” en ¿Comprendes lo que lees?). El Autor, con un lenguaje sencillo y cotidiano, comparte explicaciones y meditaciones profundas de las palabras y los gestos de Jesús, de modo que podamos encarnarlos en nuestra vida.*

### **Un milagro de solidaridad**

“Según Juan (Jn 6, 1-15) es Jesús el primero que se preocupa por el hambre de la gente al atardecer de la jornada en un lugar desierto. La gente vive al día y todavía no ha comido nada. Para los apóstoles la misión ‘religiosa’ del maestro y de ellos ha terminado; no queda otra cosa que despedir a la gente. La solución es que cada uno se preocupe por sí mismo. Esta es la causa de la injusticia y del hambre también en nuestra sociedad, porque no se tiene en cuenta que no todos tienen las mismas oportunidades. La actitud de los apóstoles es como la del sacerdote y del levita en la parábola del buen samaritano. Jamás hay que desvincular lo espiritual de lo material; Jesús vino a salvar al hombre entero. Jesús también podía haberse hecho el desentendido. Pero Dios no quiere que falte el pan de cada día a ninguno de sus hijos. Algunos hablan de ir a las aldeas a comprar comida. ¿Y los que no tienen para comprar? En vez de comprar, Jesús habla de compartir. Hay un muchacho que ha traído cinco panes de cebada y dos pescados; es suficiente para él, pero está dispuesto a compartirlo.

Jesús manda sentarse a todos, en grupos, para organizarse y que todos imiten al muchacho compartiendo lo poco que tienen. No existe la palabra ‘multiplicación’ en el texto original griego. Jesús no actuó solo; la gente colaboró porque puso en común la poca comida que había traído y Jesús la bendijo y oró al Padre; colaboraron los apóstoles (...) que distribuyeron con equidad el alimento. No cabe duda de que hubo una actuación milagrosa de Jesús a través de su oración, pero también hubo un milagro de solidaridad de la gente como un preanuncio de lo que sería el Reino de Dios. Nadie ha de acaparar lo suyo únicamente para sí mismo, cuando hay otras personas que pasan hambre. Si en el mundo se compartiera y repartiera con justicia los bienes de la tierra que Dios ha destinado para todos, habría lo suficiente para vivir con dignidad, todos, y sobraría. Este es justamente el sentido de los doce canastos que quedaron con las sobras de

lo que habían comido (Jn 6, 12-13). (...) Este relato refleja la experiencia de las primeras comunidades cristianas que además de celebrar la eucaristía, celebraban la vida fraterna partiendo el pan y compartiendo sus bienes con los hermanos necesitados (Hch 2, 44-45). Durante los primeros siglos era inconcebible ir a misa sin llevar comestibles, ropa y ayuda para los indigentes. Jesús no puede bendecir nuestra mesa si no compartimos los pocos panes y peces que tenemos”.

(¿Comprendes lo que lees?, Primo Corbelli, Editorial Claretiana, 2013).



---

Con su vida entregada, la Madre Teresa fue testimonio viviente del amor a los más marginados de Calcuta. Este fragmento forma parte de una obra que resulta un verdadero diario espiritual, con una gran selección de sus pensamientos, escritos y frases. Nos invita a orar y meditar el Evangelio de hoy.

“Bienaventurados los que tienen hambre:

del amor de Dios,

del Pan de Vida,

del amor de las personas,

de santidad,


de una vida de oración,

de respeto y dignidad humana,

de ser reconocidos como hijos de Dios,

de una palabra de simpatía, de una sonrisa.

¿Soy capaz de reconocer estas hambres en mí? En el hambre de mi soledad, ¿hacia quién me dirijo para saciarla? En el hambre de mis pecados, ¿es Jesús en quien pienso primero? ¿Es Jesús el hambre de mi vida? ¿Es Jesús el amor más profundo de mi vida?”.

(Los cinco minutos de la Madre Teresa,  Editorial Claretiana, 2000).



---

Nuestra Casa Común “es desgarrada por injusticias terribles: en ella conviven codo a codo las riquezas más descaradas e increíbles con las pobrezas más trágicas e inhumanas”. Dios nos invita a vivir una lógica diferente. En vez de buscar el beneficio personal, lo mejor es atender que no estamos solos, sino que vivimos en comunión con los demás. El Autor de esta obra nos dice, también: “la finalidad de estas reflexiones es ayudar a los creyentes, a partir del misterio de la Eucaristía, a reforzar su propia fe en el Dios de la vida”.

Jesús decide compartir lo que ya tienen. Para saciar el hambre de los pobres no siempre es necesario aumentar sin criterio la producción: bastaría compartir los recursos que ya existen en el respeto de la naturaleza y de la creación.

(...) Los dones de Dios deben ser utilizados por todos y no quedarse sólo en las manos de algunos. Ese principio conserva su valor definitivo también para la economía de hoy, orientada, en cambio, hacia la búsqueda absoluta del beneficio para acumular.

Del mismo modo, con este milagro Jesús demuestra que los bienes para la subsistencia material, don de Dios para sus hijos e hijas, deben ser absolutamente compartidos.

Es evidente que el Jesús histórico no ha seguido ningún programa social para combatir el problema del hambre ni ninguna estrategia concreta como hoy podríamos llevar a cabo. Pero a la luz de la predicación del Reino de Dios como acción radical de transformación de la realidad inhumana del pecado, es posible que él pensara en una transformación de las relaciones entre las personas capaces de mejorar también las condiciones concretas de la vida. De Jesús no proviene un programa político-económico, sino aquellos dinamismos fundamentales del Reino que en toda época histórica deben inspirar una economía en la que la producción de bienes y su destino tengan siempre como fin satisfacer las necesidades de todos.

La fuerza de Jesús en el milagro de la multiplicación de los panes es capacidad de transformar las cosas, según la lógica de Dios, en función de la vida plena de sus criaturas. El milagro debe continuar en la concreta capacidad de los discípulos para realizar y proponer la posibilidad de compartir y distribuir el pan, cuya cantidad en la historia es abundante y suficiente como para saciar el hambre de todos (Cfr. R. PESCH, *Il miracolo della moltiplicazione dei pani. C'è soluzione per la fame nel mondo?*, Queriniana, Brescia 1997). Si esto no se da, es por culpa del hombre que, en vez de distribuir, compartir, poner a disposición, dar, acumula y roba a los demás.

(...) Por lo tanto, Jesús nos da el ejemplo con referencia a la praxis del compartir. Deberán ser luego los discípulos, a través de un testimonio coherente, los que lleven adelante comportamientos prácticos que puedan ‘repetir’ en la historia el milagro de saciar el hambre de quien necesita alimento”.

(*La lógica del pan. La eucaristía como modelo de economía*,  
Antonio Agnelli, Editorial Claretiana, 2015).

## SEMILLERO

Esta obra sobre la Doctrina Social de la Iglesia aporta una imperdible reflexión sobre la dignidad de la persona humana, la búsqueda del bien común, la solidaridad y la opción preferencial por los pobres, convocando al compromiso para un cambio profundo y estructural de la sociedad.

### La solidaridad

“El mandamiento cristiano del amor empieza por la justicia, pero va más allá, compartiendo lo propio, incrementando los vínculos, sintiéndonos corresponsables y deudores el uno del otro; y esto es la solidaridad. La solidaridad es una actitud y un valor por lo cual unas personas o un grupo se sienten corresponsables y ligados (del latín *in solidum*) a otras personas y grupos por intereses e ideales comunes. Cada miembro de un grupo es copartícipe de la responsabilidad de todo el grupo y, viceversa, el grupo es, de alguna manera, responsable de cada miembro. Uno para todos y todos para uno. Si bien el término no tiene origen cristiano y aparece por primera vez en el siglo XIX al margen de la Iglesia, su concepto ha sido formulado por primera vez por san Pablo con la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo (1 Cor 12, 12-31). Según san Pablo, somos miembros, gracias a Cristo que es la cabeza, de un mismo cuerpo; todos somos interdependientes y nos necesitamos unos a otros. La primera comunidad cristiana compartía los bienes y los más favorecidos económicamente se sentían responsables de los más débiles e indefensos, que, a su vez, aportaban sus capacidades y servicios. La creciente interdependencia entre países ricos y pobres hace hoy indispensable la solidaridad. El papa Juan Pablo II es el que más ha desarrollado este tema. Para el Papa, la solidaridad ‘es la virtud que nos hace sentir a todos responsables de todos’ (*Sollicitudo Rei Socialis*, 42) y es ‘el nuevo nombre de la paz’ (39).

La solidaridad no está relacionada con el verbo dar, sino con el verbo compartir. Compartir los bienes, no sólo los superfluos, sino los necesarios. Es el caso de la ofrenda de la viuda del Evangelio (cf. Mc 12, 44). El dar fácilmente oculta actitudes asistencialistas o paternalistas. El compartir reconoce implícitamente los derechos de quienes reciben estos bienes y crea fraternidad. La solidaridad reviste a la justicia de un espíritu de hermandad que hace de ella el criterio último de la vida social, económica y política. Muchas veces es reducida por la publicidad a la simple limosna, al dar lo que sobra, a la ayuda humanitaria. Hay un uso y abuso de esta palabra cuando se hacen ciertos shows televisivos, iniciativas de marcas comerciales, donaciones de gente famosa. No se trata de un sentimiento o una ayuda ocasional. ‘Es la determinación firme y perseverante de vivir la corresponsabilidad como miembros de la misma familia humana en la búsqueda del bien común, para que todos sean responsables de todos’ (*Sollicitudo Rei Socialis*, 38).

(...) Solidaridad significa, para los que cuentan con más posibilidades, ‘sentirse responsables de los más débiles’ (39). Practicar la solidaridad en la Iglesia significa poner en el centro a los últimos, transparencia en el manejo del dinero, recíproca ayuda entre Iglesias ricas e Iglesias pobres; y, a nivel social, promover cooperativas sociales, microcréditos y microemprendimientos, bancas e inversiones éticas (no favoreciendo las empresas que producen y comercializan armas, drogas, tabaco, alcohol o que practican el trabajo de menores o contaminan el ambiente), una economía de comunión”.

(*Doctrina social de la Iglesia. Una síntesis para todos*, Primo Corbelli, Editorial Claretiana, 2a ed. 2009).